

La deconstrucción del docente en ruta, una crónica de la aventura educativa

Carlos Cabañas Ronzón¹⁴

—Mi profe, cuéntame, ¿por qué decidiste ser maestro? —me preguntaba el profe Noel mientras pasábamos la caseta de Cosamaloapan. Ya tenía cerca de hora y media que habíamos salido de Acayucan; esta vez, no había mucho tránsito de tractocamiones, por lo que el paso fue algo rápido.

—¡Le subieron 12 pesos más, ya ni la chingan! ¡Oiga, amigo, siquiera diles que tapen los baches, pinche carretera está de la madre! —mencionaba el profe Edgar, completamente molesto pues la semana anterior se le habían reventado dos llantas. ¡Era inverosímil lo sucedido! Por ello, quienes escuchamos, no sabíamos si ofrecer o no una disculpa a la persona de la caseta; quizá no tenía mucho que ver, pero sí debíamos hacer patente nuestra inconformidad, en una de esas, sí pasaba el reporte.

Las autopistas de Veracruz son demasiado malas y los precios demasiado altos; el docente también debe exigir sus derechos como ciudadano, quizá con mayor propiedad, pero el calor y los inconvenientes del sur del estado no son tan propicios para atender adecuadamente las normativas sociales o las reglas de etiqueta. Ni modo, hay ocasiones en que el docente, también va sacando el cobre.

—Pues verás, mi estimado profe, yo no sabía que quería ser cuando pequeño; un tiempo soñé con ser policía, pero se me quitaron las ganas cuando, en un noticiero de Lolita Ayala, una nota mencionaba cómo, en un asalto, un ladrón había dado muerte a un policía. En el intento por no ser detenido, el ladrón asestó un balazo en la cabeza del infeliz oficial. Fue, para mi edad, bastante gráfico. Tirado boca abajo había quedado el azul. A un lado del cuerpo se veía el rastro de la sangre y eso fue más que suficiente para que cambiara mi proyecto de vida. Por esos días sonaba una canción de Mecano, una que versaba sobre los muertos, sobre que se la pasaban muy bien entre flores de colores, que daban la vuelta, que cantaban y bailaban, pero nunca pasaban más allá de la puerta.

Prácticas docentes desde contextos rurales e interculturales desafiantes DOI: <https://doi.org/10.56643/Editorial.LasalleOaxaca.11.c59>

El sólo recordar cómo iniciaba aquel videoclip también me hacía recordar la primera crisis existencial que tuve por ahí de los siete años, una que me hizo reflexionar sobre la vida y sobre la muerte, ¿qué sucedía después?, ¿qué sería de aquel policía? Su muerte, la muerte y su conceptualización, me estresaban tanto que terminaba llorando al no comprender absolutamente nada.

A raíz de lo anterior, mejor opté por otra profesión, digamos que una con menores probabilidades de cortes de vida tan abruptos.

Así pasó el tiempo y en una ocasión, visitando a una de mis tías, supe que uno de mis primos había quedado en la Universidad Veracruzana, por lo que me dio curiosidad saber qué había elegido estudiar y me atreví a preguntarle algunos detalles al respecto. En ese momento, le encontré leyendo unos textos de un tal John Dewey, algo relacionado con la educación progresista. Me explicaba que era algo que incitaba al docente a que su práctica poseyera una orientación encaminada a la transformación social. Me quedé pensando sobre ello y logré percibir una educación no tan aburrida como la que solía llevar y me agradó. Observé el plan de estudios y noté que sólo había dos semestres con un poco de matemáticas, sólo eran dos semestres de estadística para ser exacto, por lo que dije, creo que me iría bien en eso que mi primo llamaba Pedagogía. Disciplina ubicada en el área de Humanidades, era la que, para mí, más sobresalía, aunque, para ser sincero, no puse atención en el resto de opciones. Además, el plus fue que mi novia de la prepa prefería esa área sobre la de Económico Administrativa, Exactas u otra, motivos suficientes y determinantes, eso bastó y se convirtió en mi orientación profesiográfica casi de manera espontánea, así que, en ese justo momento, me dije a mí mismo, así, cual Polo Polo pero del ramo educativo, “mí mismo, seré un pedagogo” y me agradaba como sonaba en mi cerebro. —Supongo que con eso le respondía al profe Noel, casi con la misma extensión con la que Polo Polo narraba uno de sus chistes, al tiempo que me encogía de hombros en señal de “y aquí estoy”.

Como docentes, deberíamos dar más oportunidad a la reflexión sobre nosotros mismos, sobre nuestra praxis educativa. Sí, bien es sabido que el ritmo de vida contemporáneo, cambiante, rápido, estresante y demás no nos permite dedicar el tiempo necesario a la introspección, pero deberíamos agendarlo, por así decirlo; casi siempre pensando en la quincena o a meses sin intereses permitimos que la rutina nos absorba casi irremediablemente, lo sé, es difícil darse

una pausa; muchas veces, el poco tiempo que se tiene es para pretender darse un respiro, medio ver una serie y descansar, pero es una tarea que deberíamos considerar como pendiente.

En últimas fechas, al menos para los involucrados en esta crónica, ha sido distinto. Con la disminución de las precariedades ocasionadas por la pandemia, se ha tenido la oportunidad de emprender y compartir viajes de esos largos que suelen antojarse, sólo que éstos no son tan, cómo decirlo, así, por ocio o por placer; no son un simple antojo, son laborales con fines familiares y son entre compañeros del gremio, maestros y maestras, reunidos en travesías que llevan de 5 a 12 horas de recorridos semanales, con momentos de encuentros y desencuentros entre nosotros como personas y nosotros como parte del sistema educativo. Se ha coincidido en un auto con docentes de primaria, secundaria, preparatoria, escuelas pertenecientes al estado o de plazas federales, miembros de uno u otro sindicato o supervisores escolares que nos vamos encontrando. Viajamos en plan de amigos, de cuates, en ocasiones en forma organizada, otras, casi fortuitas, en estos viajes no existe un nivel de autoridad como tal, la necesidad nos une, el clima de libertad es evidente, no hay posibles repercusiones ante una opinión u otra, es un viaje casi sin restricciones, ¡vaya que se aprende mucho en lo que se viaja de Minatitlán a Xalapa! Ahí supe, por ejemplo, que si me encuentro nuevamente a una persona del nivel preescolar, no debo dirigirme a ella como maestra de kínder, que a muchas no les gusta ser llamadas así y mucho menos “la miss”; o que, en algunas zonas casi selváticas de esta región, cuando se habla de coyotes, no es precisamente del animal de cuatro patas, por lo que, si los pobladores te dicen “quédate en tu cuarto que vamos a buscarles”, es mejor obedecer, para no ser testigos de algo que no pudiéramos digerir adecuadamente y de lo cual no conviene investigar o saber más.

Muchas han sido las experiencias vertidas en el interior de un auto compacto, tantas narraciones de compañeros maestros que, en busca de mejores condiciones de vida, coincidimos por la parte sur del estado de Veracruz, docentes que tuvimos que renunciar a varias cosas tangibles e intangibles por un trabajo que nos posibilitara una vida más digna. Compañeros con sed de aventuras, otros con sueños y esperanzas, otros ansiosos, a la espera de lo que sea que se pudieran encontrar donde sea que les tocara estar y, otros tantos, también con sueños y esperanzas, pero de poder regresar lo antes posible a las tierras

que les vieron nacer, las cuales podrían estar a poco más de 400 kilómetros de distancia, si bien nos iba, pues hay compañeros que casi les llegan a los 600 kilómetros entre un punto y el otro. ¡Qué cosa ma grande caballero!

En cada viaje, uno se muestra como tal, como cualquier persona, pero con el plus de no dejar de lado nuestra investidura educativa, donde la confianza ganada en la primera hora de viaje permite el vacile entre pares, la guasa en ocasiones, en la que el respeto es inherente en cada frase que agrega el mote de profe. En cada viaje, sin querer o queriendo, se tienen más de cinco horas para reflexionar sobre lo que deseamos, cualquier cosa o detalle suele detonar la charla, un sencillo cuestionamiento permite romper el hielo; “y... ¿de qué nivel es, maestra / maestro?” O la clásica, “¿en dónde está su escuela?” Después de ser lanzada esta última, he llegado a comprobar que, cuando más prolongada es la pausa, más lejos queda el centro educativo.

—¿Ganó la selección o perdió?

—No es grosería, maestro, no lo sé. No tengo televisión en mi cuarto. Hay ocasiones que ni señal telefónica en varios días, apenas me voy enterando de lo que pasa en el mundo cuando ya vengo por estos lugares. En la montaña se escasea la señal. —Así, se puede desprender la charla sobre las generalidades que nos llevan a las problemáticas escolares, a la cobertura, a la brecha educativa, a la brecha digital, a la inseguridad, a los salarios, a las ventajas y desventajas, al discurso educativo y a nuestra práctica real, entre el currículo oficial y el oculto, entre lo que se espera de ti y en lo que puedes aportar con aquello que tienes a tu alcance; muchas veces, sólo son las ganas y el orgullo.

Cada viaje ofrece un recuento de los daños, de los atinos y desatinos, tratando de construir posibles soluciones ante diversos escenarios que se dan dentro del espacio áulico, en el patio escolar, en el campo deportivo, en las oficinas de la dirección, en los Consejos Técnicos de fin de mes, en las reuniones con padres de familia o con nuestros compañeros en juntas o tertulias sindicales; hay tiempo para charlar de ello. Viéndolo detenidamente, pareciera difícil apartarse del entorno laboral, ese que es nuestra propia vida. En cada viaje se nos permite un vistazo a la praxis del compañero. Es una visualización de aquel contexto selvático de la maestra Itzel, aquella que, a través de la ventana de su escuela, ha podido ver diversas aves de singular colorido, que se enteró sobre un jaguar

que deambulaba por el pueblo, maestra a quien le regalaron un mono el día de su cumpleaños, al cual soltó en el camino de regreso.

—¡Imagínense lo que me harían en un retén si me lo encuentran! —nos decía entre el asombro y la carcajada. En cada viaje nos compartimos y reconstruimos, valoramos lo que tenemos en casa o en nuestras comunidades.

Y a todo esto, ¿quién y de dónde soy? Solía ser un docente un tanto insolente de los alrededores de Xalapa y Coatepec, igual, en el estado de Veracruz y no, no soy del magisterio, aunque me congratulo de haber coadyuvado en la conformación de algunos que ahora sí lo son. Quizá, por ello, el amor que le tengo al gremio, a ése del cual no he tenido la fortuna de formar parte de forma directa. He sido un luchador social de esos de banqueta, un idealista, un romántico empedernido del quehacer educativo, un enemigo público de aquella escuela que no hace más por sus alumnos, de esa institución que se aleja de la sociedad y que no hace gran cosa por ella. Alguna vez formé parte de aquel movimiento magisterial que cimbró al estado de Veracruz en la época, nada afortunada, del gobierno de Duarte y de las travesuras reformistas federales en materia educativa, aquellas que trastocaron los derechos laborales de la colectividad en comento.

Lo recuerdo como si fuera ayer, un lunes cualquiera de la segunda mitad del año 2013, en la escuela primaria de uno de mis hijos; un lunes en que debíamos presenciar el acto cívico, en que debía izarse la bandera, un lunes que debían mencionarse las efemérides y que ahora, esa fecha, bien podría convertirse en una más, en vez de todas esas posibilidades, presenciamos cómo una decena de maestros se encontraban con rostros desencajados, en un completo ambiente de pesadumbre, con miradas al suelo, con voces titubeantes, que intentaban hablarnos a los padres de familia para solicitar nuestro apoyo frente a la reforma educativa que ya tenían encima y cuya normativa lesionaba una amplia parte de sus intereses. Debían hacer algo, algo que aún no sabían qué debía ser. No pude más, en un arrebató les pedí el micrófono e incité su participación: “¡Salgan y griten! ¡Exijan y luchen! Que si ustedes no ponen el ejemplo ¿quién más lo hará?” Por obviedad, no sería el mismísimo Chapulín Colorado quien tomara partido. Ésa fue mi primera aportación; la de incitar el movimiento en aquella escuela y salir a las calles. Tenía ex alumnos que se habían iniciado en el deber docente y a quienes quería y respetaba, por lo que no soportaba tal atropello.

Desde mi configuración como docente universitario, aunque casi siempre he integrado las filas del sector particular, desde ahí, he tratado de hacer mi lucha en cuanto al despertar de conciencias, sin pertenecer al gremio de manera directa. Lo indirecto me ha movido, me mueve, me motivaba y más de una vez grité con ellos en las calles de Xalapa.

Creo que la suma de lo anterior da respuesta al quién soy. Respecto a lo segundo, ¿de dónde soy?, debo decir que sigo en duda. Antes, como dije, de las cercanías de Xalapa y Coatepec, donde daba clases en un par de universidades particulares, una con mayor infraestructura que otra, pero universidades al fin. Las circunstancias laborales me arrojaron al sur del estado; ahora deambulo en Minatitlán, en la Región Olmeca, que colinda con los estados de Oaxaca, Chiapas y Tabasco. Soy un viajero de los domingos o los lunes casi de madrugada, un viajero que regresa a casa los viernes o los sábados, dependiendo de los días que el calendario marque y me permita, dependiendo de las finanzas personales y dependiendo de las inclemencias del clima o de las instrucciones institucionales.

Duelmo en Minatitlán, sueño con Xalapa y Coatepec, con mi familia, añoro mi casa; detesto el autobús que gobierna la región oriente del país, esa que tiene características monopólicas, pero adoro mi profesión, una profesión a la que no considero trabajo, una que me divierte, que me alegra y me genera parte del sustento diario. Precisamente, el ánimo por mejorar me trajo a la llamada Mina, donde también encontré cobijo para seguir ejerciendo esta noble labor. Así, somos muchos docentes los que viajamos, que de una u otra forma compartimos tiempo y anécdotas en lo que subimos a Xalapa y bajamos en un regreso no tan deseado por todo lo que dejamos tras el camino, en un trayecto que emula al recorrido por Burro, Fiona y Shrek en aquel largo viaje al reino de Muy, Muy lejano. Sí, en efecto, no son días, son, en ocasiones, 4.5 horas o 12 de paseo obligado, pero, para otros compañeros es sólo la mitad del recorrido. Ya una vez en el sitio de labores, le vas encontrando el modo; la friega son los viajes, otro poco la soledad y un extra las desavenencias propias del rezago social, pero a todo te habitúas. No sé qué tan bueno o malo pueda ser esto último.

Unos viajamos cada semana, otros no gozan de esa posibilidad, hay profes que vemos cada mes. En lo particular, me da gusto volverles a encontrar, a

escuchar, ¡imaginemos a sus familiares! Hay ocasiones en que se les ve más repuestos o con menos masa corporal, dependiendo de las tan diversas circunstancias contextuales que su comunidad ofrece; incluso, he visto a unos con un bronceado que despierta envidias, ya saben, las condiciones climáticas que un entorno tropical nos brinda donde lo extremo es recurrente en lo que transcurre el calendario escolar, pero eso no impide el flujo de las maestras y maestros con un sinfín de anécdotas que desprenden mil sonrisas, sonrisas que serían la envidia de aquella bolsa de papas fritas en los años ochenta y noventa.

—Estimada maestra, cuénteme, ¿qué ando haciendo por acá?, ¿de dónde dice usted que viene?, ¿por qué ese rostro desencajado?, ¿desde hace cuánto que anda por acá y desde hace cuánto que no iba a casa? —Todas esas interrogantes le eran arrojadas en lo que nos acomodábamos en un Chevy C2 tres puertas del año 2007.

—De Martínez de la Torre, maestro, de allá soy y me tocó en una escuelita del valle de Uxpanapa. Respecto a lo que usted pregunta, tiene como un mes que no voy a casa y voy más delgada que nada, no como bien, no tengo refrigerador, no hay luz y en caso de que tuviera, esta semana hubo inundaciones, no hubo clases y ¡una cantidad de zancudos que para qué le cuento!, ¡ya quiero regresar a Xalapa para comerme una hamburguesa!, ¡sólo espero que no me haga daño!, ah, y ¡tengo casi el mes en el trabajo!, el mismo tiempo que no voy a casa y, ¿qué cree?, que muchos apostaban a que mi permanencia como maestra sería de a lo mucho una semana y se amolaron. Me tocó bailar con la más fea y yo creo que de aquí en adelante todo será mejor. —Decía esto en tono de orgullo, mientras soltaba la carcajada y resbalaba por su rostro algo que no podía clarificar y tuve pena de preguntar, no sabía si era una lágrima o una gota de sudor.

—¡Sí que está algo lejos de su terruño, estimada maestra! —Le afirmaba con respeto y admiración. Nos acomodamos como pudimos, pero alegres. Ya en Acayucan, sentíamos que estábamos a unas cuadras de Xalapa.

El solo hecho de saberse con rumbo a casa, ilumina el rostro y esa luz es perceptible cada fin de semana. Es algo que no se puede explicar, es una alegría pese a la incomodidad, pese al calor, pese a la lluvia o a cualquier peripecia propia de los experimentos de Taylor y Henry Fayol, pues no dudo que para muchos la motivación sea el dinero, pero, para otros no tanto. Hay a quienes nos mueve aquello de la “naturaleza psicosociológica”, donde se asumen “diferentes

formas de presentación” (Villa, 2019), una motivación que sólo es entendida por aquellos que vuelven a casa con los suyos, a festejar el haber vivido y, en ocasiones, sobrevivido ante un entorno fuera de ahí, sin ellos, sus seres queridos, pero eso sí, gustosos de ser maestros.

La geografía de algunos estados de la República, como es el caso del estado de Veracruz que, dicho sea de paso, cuenta con una superficie de 78,815 kilómetros cuadrados y una distancia de norte a sur de unos 769 kilómetros (Veracruz.gob.mx, 2023) es más grande cuando no se recorre, precisamente, en línea recta. Por sus muy variadas y accidentadas opciones para llegar de un lado a otro hay momentos en que se demora un poco más en el camino; además, todo cambia conforme se aleja uno de la zona centro hacia cualquier parte de los puntos cardinales. Apenas a 20 kilómetros de distancia del centro del estado, ya existen variantes de todo tipo; el uso del lenguaje, por ejemplo, ya tiene características especiales respecto al usado en la capital; del clima ni se diga, la comida, los usos, las costumbres, los precios de la vida y no me refiero a lo que implica a grupos delictivos de quienes, en esta ocasión, no hay referencia de ello, pero sí a los precios de los insumos para el sustento diario; sí, hay variaciones a la baja y a la alta, como es nuestro estado, con altibajos. Los precios son increíbles en algunas zonas. Ahora entiendo aquello del nombre de zonas caras y zonas baratas. No se comprende, repito, hasta que se compara el precio y el tamaño de un taco, por ejemplo, en la ciudad de Xalapa con el de uno en Coatzacoalcos o Minatitlán, del tamaño de un tamal de Poza Rica o uno de Coatepec. Hay situaciones en que un taco, uno solo de ellos, en la zona sur tiene el precio de tres o cuatro de los que puedes encontrar en la zona centro. En el caso de un tamal, uno, el de Xalapa, pareciera ser apenas representativo y alcanzar para tapar un par de muelas, mientras que los del sur son bastante generosos. Así de enormes son las diferencias. Viajar ilustra, no hay duda de ello y, para comprobarlo, basta deambular por nuestra entidad federativa.

—Compadre, fíjese que me mueven a Minatitlán. Mejorarían mis ingresos, pero, tengo mis dudas, además nunca he ido. ¿Usted qué opina?

—¡Váyase, el cambio le hará bien! Conocerá otras personas, otras costumbres, otro clima, ¡váyase de una vez!, ¿qué espera, pues? —Mi compadre, oriundo de Chinameca, con casi cuarenta años de radicar en la capital del estado, mostraba cierta alegría porque me fuese a radicar al sur, pues lo más lejos que yo había llegado era a San Andrés, a la zona de los Tuxtla; aún había cierto trecho por

recorrer para llegar a Mina—. Allá están las paisanas, los istmeños, los tecos, éstos tienen otras costumbres, o los chiapanecos, es una mescolanza increíble, ¡se sorprenderá! —afirmaba con una risa reveladora.

Cuando llegué, efectivamente, había muchos cambios respecto a mi entorno inmediato anterior. Me sacudió el calor, o la calor, como por acá le dicen. Personas iban y venían en una vorágine diaria motivada por apartarse, lo antes posible, del alcance de los rayos del sol. Nunca había envidiado la sombra de un poste o anhelado un short o una playera como ahora. Mi ropa, usualmente camisas de mangas largas, pantalones de vestir en lana, poliéster o rayón, eran sencillamente insoportables e invitaban a cambiar lo antes posible las demás prendas otrora de uso diario. Un sombrero, sí, eso sería de los primeros artículos a comprar y en sumo necesario.

Atrás, atrás había quedado Xalapa y sus alrededores, atrás habían quedado las jacarandas y sus flores azul violeta, atrás las araucarias gigantes, las estatuas, las exposiciones constantes y diversas, el vino en los eventos culturales, los museos, el frío, el pan, el café, el chocolate, los pambazos, las múltiples subidas, como la Calle Bravo, los lagos, las pizzas y el yogurt, los precios bajos de las comidas estudiantiles con postre, el paso de 1 x 1 en las calles de la ciudad. Bienvenidos el calor, los árboles llamados lluvia de oro, las iguanas, el calor, el agua de popo, el agua de horchata, la de jamaica, el pozol, el calor, las camisas sudadas, el tepache, el calor, las tehuanas en sus fiestas, la cerveza a borbotones, el paso de preferencia, el calor, las calles planas y sus pocas subidas y bajadas, y sí, nuevamente el calor, por si no lo he mencionado con la intensidad que por acá se siente.

Es verdad, es otra cultura, son varias culturas que, en ocasiones, se entremezclan. Son diversos los usos y las costumbres si son tehuanos, si son chiapanecos, si son veracruzanos, las personalidades son distintas, los hábitos también. Los autobuses locales van que vuelan, los miden con ímpetus casi desmedidos. Inclusive, los checadores pronuncian un número sobresaliente de palabras con una claridad de mensaje sólo entendida por el chofer al que le dicen un no sé qué, pero que creo son minutos de diferencia con el otro autobús. No sé si le dan más importancia al llegar a tiempo que llevar personas, inclusive, llevarlas sanas y salvas a su destino. Es otro ritmo de vida, donde el pan y los tamales son distintos, donde hay “café de maíz”, donde los guisados de paisana son un

atractivo para el ojo y para la nariz, donde queda cerca el surtirse de mezcal, donde los plátanos fritos rellenos de queso aderezan casi cualquier comida y el queso de Chiapas no queda tan lejos.

—Y, usted, estimada maestra —refiriéndome a la otra compañera de viaje, mientras terminábamos de salir de los alrededores de la terminal de autobuses de Acayucan y estábamos casi a punto de emprender el viaje hacia Xalapa— ¿ha probado la carne de Chinameca?

—¿Qué pasó mi estimado maestro? Si yo estoy en Chacalapa; Chinameca es mi paso obligado para salir del sur y por ahí traigo como un kilito en mi hielera. Es para mis padres. Traía más, pero, hoy no hice de comer y me freí un pedacito, ya sabe, el aroma es irresistible, no hay forma de negarse —terminaba diciendo esto con una sonrisa un tanto de travesura y de pena, sí, por haber quitado un trozo de carne a sus padres—. Sabe, mi profe, uno de mis alumnos me dijo que en su casa se dedicaban a eso; me invitó y pude ver todo de principio a fin. Imposible no comprarles, o de plano, casi pedirles fiado para la quincena que viene. Lo bueno que ya se vio reflejado mi pago y de ahí salió. La verdad, maestros, no me puedo quejar, me tratan súper bien en la comunidad, me han enseñado muchos lugares hermosos, los que están por ahí cerca y hasta me han llevado a la cascada de San Pedro Soteapan, ¡una cosa espectacular! Y, como soy la maestra, o me obsequian comida, bebidas, lo que pueden y está en sus manos, o me lo dan a precios más cómodos. ¡Me tocó un lugar fantástico!

—Y usted, maestro Edgar, ¿cómo está?, ¿cómo le va con sus alumnos? —preguntaban al maestro que conducía el Chevy.

—Bien, bien, maestra. Algunos son un poco reacios a ir a la escuela, para nosotros, por los que sí van, bueno, es un gran alivio. Muchos chamacos son tentados por cosas turbias, es a esta edad donde los malos los quieren enganchar, por eso es mejor que asistan a la escuela, para que no anden pensando cosas malas. Los chicos participan, les gusta estar de preguntones cuando ven y saben que uno no es de ahí, de sus alrededores inmediatos. Son jaladores, maestra; si uno anda atrás de ellos y atrás de sus padres le echan ganitas. Están acostumbrados al trabajo de campo y gracias a ello no tienen ningún empacho en ayudarnos con lo que haga falta en la escuela, no siempre, eso sí, pero hay disposición, no lo niego. Luego hace falta pintar o dar alguna manita de gato en algún salón, sembrar o cuidar animales, porque mi escuela, déjenme les cuento, es una secundaria técnica agropecuaria, y nos ayudan. ¡Hasta a las vacas y a los mangos les tienen que meter mano esos chamacos! —Terminaba diciendo con cierta firmeza. Como si les tuviera enfrente y les indicara tal cosa.

La Región Olmeca es la que comprende la parte baja del sur del estado de Veracruz. Está conformada por municipios cuya interacción con zonas rurales es notoria. Incluso, se puede decir que existen municipios con características geográficas propias de la selva. Desafortunadamente, la precariedad es una constante; se logran apreciar zonas con un alto índice de marginación; lo mismo en municipios como Acayucan, Chinameca, Cosoleacaque, Hidalgotitlán, Ixhuatlán del Sureste, Jáltipan, Jesús Carranza, Las Choapas, Mecayapan, Minatitlán, Moloacan, Nanchital de Lázaro del Río, Oluta, Oteapan, Pajapan, San Juan Evangelista, Sayula de Alemán, Soconusco, Soteapan, Tatahuicapan de Juárez, Texistepec, Uxpanapa y Zaragoza (Veracruz.mx, 2023). Si bien es cierto que, por la influencia que ha representado Pemex en la región, en parte de estos municipios hay cierto florecimiento, pero no es generalizado; hay una discrepancia social evidente entre la clase petrolera y la que no lo es, por lo que podríamos decir que, en algunas partes de estos municipios, se convive entre la pobreza y la opulencia y esto último no es precisamente lo que más abunda.

Cuando se trata de la asignación de plaza docente, existe una amplia posibilidad de ser asignado en alguno de estos municipios y, en muchos de ellos, la cabecera municipal no te asegura una mejor calidad de vida. De hecho, en las estadísticas correspondientes al índice de desarrollo humano 2022, se coloca a nuestro estado en el número 30, ordenados de mayor a menor (Herrera, 2022); es casi uno de los últimos en ese listado. Por ejemplo, tan sólo para darse idea, los municipios de Acayucan, Ixhuatlán del Sureste, Jáltipan, Moloacán, Zaragoza, Sayula de Alemán, Soconusco, Oluta, Chinameca y Oteapan se encuentran en un grado de marginación medio. Mientras que Hidalgotitlán, Jesús Carranza, Pajapan, Texistepec, Tatahuicapan, Uxpanapan y Mecayapan registran muy alto grado de marginación (Gobierno del Estado de Veracruz, 2023). Aquel docente que decide aceptar un espacio en estas zonas, debe estar preparado para un sinfín de sucesos que le harán revalorizar su amor a la enseñanza, que le harán replantearse su existencia al interior de las aulas, al igual que su quehacer educativo, pues es ahí donde hace más falta, al pie de la pobreza o de la pobreza extrema, donde muchos educandos sólo tienen el testimonio del docente respecto a lo que sucede afuera de sus poblados. Hay cosas de las cuales sólo han escuchado, sólo han visto por televisión, pocos tienen acceso al internet. Por ejemplo, muy a pesar de que en esa región se está a pocos kilómetros del océano, hay muchos estudiantes que no conocen el mar, que no conocen más

allá de su comunidad. Una vez, un profesor nos comentó de algo que le pasó en el municipio de Las Choapas. La amplia mayoría de los pequeñines de la primaria donde labora no conocen Coatzacoalcos, que está sólo a 53 kilómetros aproximadamente. En una ocasión, después de las vacaciones y a manera de, ya saben, hacer plática motivadora para iniciar las clases, arrojó una pregunta casi obligada en estas fechas: “¿A dónde fueron de vacaciones?”, o lo que casi es lo mismo, “¿qué hicieron en vacaciones?” Lo estremecedor, como dijo, fue que la respuesta de algunos era la siguiente: “fui a Coppel, maestro, estuve en el clima de la tienda”; decía esto mientras esbozaba una sonrisa espectacular. “Esa respuesta, compañeros, ese comentario, era un golpe de realidad para mi persona —comentó el docente todo acongojado—. Otros niños sólo callaron y no sé si no comprendían aquello de salir de vacaciones o quizá sí lo comprendían y era mejor callar. La pena de haber hecho tal cosa me embargó y traté de desviar la atención.”

Como docente, en un momento de insensatez, si de golpe haces conciencia sobre lo que acabas de preguntar y sobre lo que acabas de escuchar, bien pudieras enmendar el rumbo, pero, es difícil poder identificar las fibras emocionales que tal pregunta trastocó, porque a muchos nos ha pasado ese arrojar de preguntas insensibles en algún momento dado, lo son, algo casi sencillo, simple para algunos contextos, pero fuerte para otros, como aquello de preguntar “¿qué desayunaste hoy?”, “¿qué vas a comer” o “¿qué te van a comprar para tal fecha?” Entiendo que algunos pudieran leer esto como un texto dramático, sin embargo, quien ha podido observar la sobrevivencia, porque supongo no queda la imagen plena de lo que es vivir en el caso de estas personas... es sobrevivir... cuando lo asimilas, dan ganas de llorar con ellas. Pero no, no debe ser así. Si el educador ha identificado esa situación, entonces, ese educador tiene que limpiar esas lágrimas que quizá también ha soltado en medio de esas condiciones; inclusive, debe dar pie a revalorar lo que ellos tienen a favor, porque deben tener algo que nos permita reorientarles intentando sacar fuerzas de flaqueza, como nosotros al intentar motivarnos aun estando a varios cientos de kilómetros de casa. Si logramos la sensibilización, si no obviamos contextos como el anterior, se podría cumplir un anhelo descrito en textos sociológicos, filosóficos y pedagógicos, sí, aquel en el que se vislumbra al docente en una transformación que lo lleva a convertirse en un verdadero agente de cambio, uno que no sólo se quede en lo puramente teórico, uno que no solo busque un fin econó-

mico para sí mismo, uno que logre comprender la importancia del saber dónde está de pie y todo lo que en ese sitio interviene.

Emanado de lo anterior, considero un atino lo de la Nueva Escuela Mexicana, que contempla una esencia freiriana (si me permiten el término por lo emanado de Paulo Freire) en su configuración, pues pienso, es de suma importancia construir ciudadanía mientras se educa tratando de “liberar a los oprimidos y excluidos por razones de clase, género, identidad y pertenencia étnica, orientación o identidad sexual, capacidad o discapacidad” (Frade, 2023). Es trascendental poder apreciar y ayudar a que sea apreciada por los involucrados la identidad cultural de sus pueblos, más, cuando se trata de contextos como los aquí medianamente descritos. De contemplar lo anterior, la planificación de nuestro quehacer educativo tendrá una re-orientación. “Yo también fui a Coppel y me la pasé muy bien entre sus pasillos.” De momento, es lo que se me ocurre como respuesta inmediata al infante que contó sobre una visita familiar en un periodo de asueto; eso bien podría suavizar y empatizar el momento.

Nuestra postura ante este tipo de eventos debería ser motivo de un ejercicio de autorreflexión. No debemos olvidar que somos un ejemplo; de nosotros depende si somos uno sensato o uno que no lo es. Durante las Cruzadas, muchos seres humanos sufrieron en el nombre de Dios; en nombre de la educación también podemos fomentar el sufrimiento, si damos mensajes erróneos a nuestros educandos. ¿Qué tanto impacta en el estudiante nuestro actuar y proceder? ¿Mi lenguaje, mis prácticas? Mi estilo de vida y las manifestaciones inherentes ¿favorecen o no la colonialidad? Espero se pueda comprender lo que verdaderamente implica una labor educativa en zonas de alta marginación, donde siempre se han sentido, vivido y retenido procesos de dominación, donde el papel del docente puede significar una lucha contra lo anterior o, por el contrario, ser parte de ello. Sí, lo admito, me declaro un idealista irremediable.

Los viajes ilustran

Eso suele decir mi madre y eso dijo mi compadre que, por cierto, tiene un nombre peculiar, Hernán Cortés. Él me aseguró que mi estadía, en el sur, debía ser beneficiosa para mi existencia y, sin más, tomé mis maletas llenas de incertidumbre, compré mi boleto y viajé. Lo más común en aquel entonces, me refiero a siete años atrás, era viajar en la empresa de Autobuses de Oriente, los llama-

dos ADO. Si uno debía ir a Veracruz desde la ciudad de Xalapa, era esa empresa o alguna de sus filiales; si uno deseaba ir más al sur, también; si uno deseaba ir a la Ciudad de México, era lo mismo. No había más. El monopolio, al parecer, así es; esta empresa se encuentra a cargo de toda la zona oriente del país, siendo ése, por lo tanto, uno de los primeros inconvenientes que se presenta al momento de viajar, pues impacta de lleno en el bolsillo del usuario en turno.

—¿Y cómo es que eligió esta zona, estimada maestra? ¿Dice usted que está por el Uxpanapan?

—Sí, por ahí ando. ¡Ay maestro! ¡Si viera que fue por no conocer mi estado! Me da pena decirlo, pero cuando nos conectamos vía Zoom, ya ve que con la pandemia todo fue virtual, pues me dijeron de varias opciones como: Jáltipan, Minatitlán y Jesús Carranza, así que rápidamente vi en el mapa y, al parecer, estaba más cerca Jesús Carranza que Minatitlán, por lo que dije que ahí. Pero resulta, que cuando ya investigo detenidamente por el nombre de la escuela y el poblado, ese sitio sí está en la región de Jesús Carranza, pero ¡casi con los límites del Uxpanapan! Y, pues, pues ahí estoy. Ni modo, debo salir desde las seis de la mañana de mi escuela si quiero llegar a las 11 de la mañana a un pueblito cerquita de Jesús Carranza. Si llego a tiempo, tomo un taxi rural, que nos lleva a la cabecera, para de ahí salir a la terminal de Acayucan y estar aquí, con ustedes. Si lo logro, si no hay alguna contingencia o algo que interrumpa nuestro paso, logro alcanzar transporte y estar aquí a eso de las 2 de la tarde. Ya sólo nos faltan unas cuatro horas más para llegar a Xalapa, pero yo, ya estando aquí en Acayucan, ya siento que ando cerquita.

—¡Caray, maestra, son casi 13 horas de viaje o un poco más en total!

—Sí, pero lo vale, profe. Siempre quise ser maestra y, bueno, aquí estoy. También apostaban por que no aguantaba, y, como dije, aquí sigo y ya voy para casa; algún día me tocará mi cambio, son sólo dos años para estar en posibilidades de pedirlo. —Nos lo platicaba con una certeza, con una confianza, con una seguridad que daba envidia. Yo me encontraba a 5 u 8 horas de camino; si mal nos iba, por algún detalle de la carretera, serían un par de horas extra, pero no sucede tan seguido un evento que retrase el viaje. Ya no me quejaría, no más, no después de ver a mi compañera docente que iba feliz viendo por la ventanilla del Chevy en lo que nos volvíamos a incorporar a la autopista. La tarde estaba fantástica, se podía ver, a lo lejos y con rumbo al mar, la Sierra de Santa Martha.

—Por allá queda mi escuela —mencionaba el profe Edgar.

El auto compacto, la pandemia y las TIC

Como pedagogo, desde hace mucho he cuestionado la labor de la escuela como la hemos venido conociendo. Considero que la escuela no ha podido equilibrar el avance externo con lo interno. El ritmo que impone la sociedad actual es distinto al escolar, pareciera que ha pasado algo similar a lo sucedido con la Gran Muralla china, con cuya construcción no sólo se evitó el ataque de enemigos, también se privó que otras personas compartieran sus conocimientos y todo el avance suscitado afuera. Existió algo de aislamiento tecnológico y demás. Algo similar ha pasado con el centro escolar, al verse limitada su vinculación con el contexto y sus componentes, con los conocimientos que ahí se generan y sus bifurcaciones. Pareciera que las disposiciones legales han sido, en ocasiones, un ejemplo de la escasa voluntad política, del desconocimiento en la materia y sus posibilidades, o del miedo al cambio, mientras los aspectos burocráticos aletargan decisiones que pudieran abonar al logro de ese equilibrio del que les hablo. Por ejemplo, Zoom, WhatsApp, Facebook, Youtube son ejemplo de cómo han permitido convertir la educación en una especie de educación colectiva y, como tal, no se había contemplado el potencial de estas redes en el terreno educativo, al menos no en el formal. El uso de estas herramientas podría reducir casi al mínimo el uso de las instalaciones físicas y todos los gastos y riesgos que esto conlleva; obviamente, se requiere de un estudio concienzudo sobre la viabilidad y los aspectos inherentes. Pero, ¿se cuenta o no con los recursos técnicos y humanos para hacerlo? Iván Illich ya se lo preguntaba. ¿Para qué sirve la escuela? Quizá convendría hacer un análisis contemporáneo partiendo de lo que dejó a la intemperie la pandemia de la Covid-19.

Considero que existe un desapego con lo tecnológico, con el contexto. El uso de diversas herramientas digitales no es tan complejo si se tiene algo llamado visión y voluntad. Recordemos que somos vistos como agentes de cambio, al menos, así debería ser. Si bien es cierto, existen detalles tanto a favor como en contra, pero quizá se ha puesto más atención a aquellos que pudieran detenerles más que posibilitarles, entreteniéndose en detalles laborales, falta de capacitación o de disciplina, aspectos legales, tecnológicos o geográficos, pero, durante la pandemia, tuvimos que utilizarlos como pudiéramos y, por primera vez, el uso de estas tecnologías fue más allá del sólo ocio, la necesidad fue la intención obligada y los encargados de la normativa lo bastante empáticos que permitieron la adecuación.

—Oiga, maestro, ahora me toca preguntarle —me decía la maestra que venía de Chacalapa mientras rebasábamos un tráiler de doble semirremolque, en uno de esos casos en que no sabes si te han visto o no, donde no sabes si se incorporarán intempestivamente o si continuarán por el carril de baja velocidad—. ¿Cómo conoció al maestro Edgar?

Medité sobre ello. El profe Edgar, el profe de Xalapa, como usualmente le decían o conocían, ¿quién es? Para comenzar, es el dueño del Chevy. Ese maestro, aun dentro de los parámetros en que se puede hablar de juventud, es un profesor entusiasta, motivador, alegre y comprometido con la enseñanza de los jóvenes indígenas a su cargo. Consciente de que no ha sido un lingüista del popoluca, la lengua que se habla en la sierra de Sotepan, ha hecho lo posible por alternar no sólo el popoluca y el español; recientemente ha integrado el inglés, con los “peligros” que esto pueda suponer.

—El popoluca me trae loco, mi profe, aún no se me queda, me cuesta, pero ya sé dar los buenos días, algunas otras palabras, la despedida, el agradecimiento, lo básico mi profe. Quizá deba irme a la casa de cultura para poderme adentrar de mejor manera y ayudar un poco más a los chamacos.

Es de lo que recientemente platicamos. Docente de una escuela secundaria técnica agropecuaria en una región denominada Las Selvas, por el rumbo de Ocozotepec, en una zona de alta marginación, viaja constantemente de aquel rumbo a la ciudad de Xalapa y viceversa, haciendo un trayecto de unas 8 o 9 horas, dependiendo de las inclemencias climatológicas, o más, si son de otra índole. Pero no era el único. En un principio se hacía acompañar de otro docente, proveniente del municipio de Coacoazintla, quien trabajaba en una escuela primaria de las cercanías a Huazuntlán; el profe Gilberto.

Él, ellos, viajeros durante 2018, 2019 y una parte de 2020, subieron y bajaron cuantas veces era necesario y, debido a la emergencia sanitaria, dejaron de hacerlo rutinariamente por algún tiempo. Los viajes dependieron de sus instrucciones; se rotaban y viajaban un par de veces al mes, todo ello, dependiendo de las circunstancias y del semáforo epidemiológico. Así, ya de regreso a clases presenciales en septiembre de 2020, alternaron las visitas a sus escuelas adecuándose al rol que establecían con sus compañeros profesores y autoridades educativas. Así terminaron el año 2020.

Una vez iniciado 2021, de regreso a las aulas y durante el mes de enero, en un domingo caluroso a pesar de ser invierno donde las características motivaban la ingesta de alguna bebida a base de cebada, el profe Edgar realizaba un cálculo de los gastos que implicaba la estadía en aquella zona: gastos para transportarse si decidía viajar o los ahorros que significaba quedarse. Cuenta que, mientras realizaba sus cálculos, otro tipo de recuento llegó a su mente. Pensó en el número de personas, de maestros, que podrían viajar y quizá coincidir. Todo esto se planteaba mientras exploraba sus conversaciones de WhatsApp. Por lo que se le ocurrió hacer un grupo en esa red social e invitar a otros maestros, un grupo al que denominó “Docentes viajando”. En tan sólo una hora y media el grupo llegó al tope de usuarios permitidos en ese entonces; 250 la primera actualización de la plataforma y mensajes como los siguientes comenzaron a pulular: “Buenas tardes. Busco viaje el próximo viernes de Minatitlán para Veracruz”; “Buenas tardes, busco viaje de Ciudad Isla a Xalapa para el día viernes”; “Ofrezco viaje el día domingo de Xalapa a Las Choapas”; “dudas al privado”.

Hubo quejas porque algunos maestros no podían entrar, mensajes al administrador de que anhelaban más espacios, docentes que decían que otros docentes buscaban viajes, que pretendían compartir los gastos y sumarse, como siempre lo han hecho, para llegar a sus casas o a sus escuelas. Ésta era una clara ventaja de comunicación y entendimiento que acortaba tiempos y distancias con implicaciones más allá de un círculo social inmediato. Las Choapas, Atlene, Nanchital, Coatzacoalcos, Uxpanapan, Acayucan, Mecayapan, Cosamalopan, Ciudad Isla, los puntos de origen más comunes, Veracruz, Cardel, Xalapa, Martínez de la Torre, Perote, Naolinco, Misantla, los principales destinos.

Para marzo de 2023, ya se contaban cuatro grupos: dos en la zona sur, uno más en la zona centro y, finalmente, otro en el norte del estado de Veracruz. Cuatro grupos administrados por el maestro Edgar, joven entusiasta que, con su idea, logró unificar intenciones, ayudar en las finanzas personales y edificar un espacio de catarsis educativa en lo que se deambula por las carreteras, brechas o autopistas del estado de Veracruz. Con aproximadamente mil usuarios en constante movimiento e interacción, amenidad y honestidad que va más allá de los Consejos Técnicos de fin de mes, donde suelen narrarse situaciones más allá de lo comúnmente conocido y comprendido, situaciones que impactan el hecho educativo por donde sea que se las vea, situaciones extraclase que te dejan atónito en contextos, algunos, de miseria material, moral o espiritual, otros,

sumamente amigables y hermanados. ¿Cómo lo conocí al final de cuentas? Un amigo, docente de educación física, me pasó el enlace del grupo virtual en un viernes que necesitaba llegar a la ciudad de Xalapa.

—Estimado maestro, mira, éste es el enlace para unirte al grupo, pero hazlo rápido porque de volada se llena y no te deja entrar hasta que otro se salga.

Tuve fortuna, al primer intento ingresé, me urgía subir a Xalapa desde Minatitlán; le marqué aquel día al profe. Afortunadamente tenía señal en ese momento, acordamos el viaje, me cayó bien, creo que yo también a él y emprendimos el primer viaje en pleno ejercicio de la economía colaborativa. Todo ello, mientras evadíamos tractocamiones y comentábamos pormenores, aún confusos para ese entonces, del programa analítico y sintético, pues en nuestras charlas iba implícito un tipo de análisis del contexto socioeducativo de la escuela de la cual formábamos parte.

—No te hagas wey, tienes que aprender popoluca, no mames —le insistía. Mentiría si les dijera que, en corto, como suele decirse de manera coloquial, no nos hablamos en formas un tanto corrientes, con el tipo de lenguaje que suelen emplear los amigos de barrio, porque el docente también es una persona común. Existimos algunos con prácticas más corrientes que otros, pero, como en otras profesiones, al interactuar en el sector, dejas de escuchar tu nombre de pila y te rebautizan con la palabra propia del gremio; maestro, maestra o profe. Por ello, hasta en las bromas y tertulias, siempre llevamos el respeto inherente en nuestros alegatos y, por más que prolifere alguna u otra palabrota, siempre iba inseparable el hablar de usted: “disculpe maestro o maestra, profe”. Como se aprecia, ¡vaya que existen variedad de momentos y situaciones entre pares dentro de un Chevy 2007!

La pandemia, como muchos se han dado cuenta, ha sacado a relucir lo mejor y lo peor de muchos seres humanos. Unos dan muestra de mayor humanidad, otros dieron muestra de miseria más que de bondad, pero es innegable que esta crisis también representó múltiples oportunidades de todo tipo. Propició que buscáramos diversas opciones para salir adelante aun en el distanciamiento social. En un primer momento, muchos destinaron sus esfuerzos a salir del aburrimiento, otros a obtener formas de autofinanciamiento y poder llevar algo para comer en sus hogares. Conforme pasó el tiempo, se transformaron los medios y los fines, y la necesidad de regular las finanzas personales fue una constante,

como también lo fue para los maestros en comento por buscar opciones para poder viajar al encuentro de los suyos y a sus centros de trabajo.

Las crisis han sido la oportunidad para cambiar, para progresar y, precisamente, la creatividad de un docente en un contexto adverso significó un cambio para muchos otros en condiciones e intenciones de viaje. Una idea que logra salidas, literalmente, además de soluciones de transporte. “Sin crisis no hay desafíos, sin desafíos la vida es una rutina, una lenta agonía” (Einstein, citado en Torrent, 2015).

Un detalle extra de los viajes, es que muchos de nosotros interpretamos varios roles. Siempre atentos a las cuestiones magisteriales, nos convertíamos en una especie de orientadores de los docentes novicios, quienes manifestaban toda clase de situaciones que se encontraban en su incipiente paso por las cuestiones del gremio. Lo mismo podían ser vertidas inquietudes financieras, laborales, de vivienda, geográficas, sindicales, de formación magisterial, concernientes a la configuración del nuevo modelo educativo o de política regional con implicaciones en lo que creíamos era un intento por interpretar la cosmovisión de algunos pueblos circunvecinos. Eso, en lo que transitábamos por Cozacoac, Acayucan, Sayula, Rodríguez Clara, Cosamaloapan o Veracruz, por la libre o por la autopista; el Chevy de interacción magisterial dejaba sus huellas en el camino y una que otra gota de aceite o anticongelante. Todo ello era y, es, oro molido para los jóvenes docentes que suelen escuchar atentos antes de sucumbir en los brazos de Morfeo. Esto ocurre a alturas de La Tinaja, cerca de la caseta de cobro de Paso del Toro. Mientras tanto y, como fondo, eran sintonizadas decenas de cumbias ochenteras obsequiadas por el profe Mohamed, docente de una escuela secundaria de los alrededores de Misantla, cumbias dignas de un ron bacacho, solía decir el rumbero profesor que en paz descansa.

La práctica de la economía colaborativa y su impacto

La educación del pueblo, su actuar frente a diversas circunstancias, ha sido otra con el devenir de los acontecimientos de salud y tecnológicos. Aunque persistan y dominen las cuestiones capitalistas, es un hecho que derivaciones de estas prácticas han dado pie a modelos de consumo antes poco comunes, modelos como la economía colaborativa, la cual consiste en “prestar, alquilar,

comprar o vender productos en función de necesidades específicas y no tanto de beneficios económicos. De hecho, en este sistema es posible que el dinero no sea el único valor de cambio para las transacciones” (García, 2022).

Gracias a este intercambio, por ejemplo, los docentes viajeros se distribuyen los gastos durante el viaje; uno aporta lo equivalente a la gasolina, otro los pagos de una u otra caseta, otro los posibles alimentos o simplemente se da al dueño del auto, que los distribuye conforme se van presentando los gastos. Para muchos, esta posibilidad, representa la motivación perfecta para volver a casa e ir de casa al trabajo. En otros tiempos eso era casi impensable por impedimentos en comunicación en tiempo real y asincrónica pero la tecnología posibilitó esto y más. Deberían ver cómo se ilumina el rostro de un maestro cuando sabe que esta semana podrá viajar, que sabe de ante mano con quien y no precisa de más tiempo para encontrar con quien trasladarse; invierte sus energías en otras cosas, en tener más alegría por la vida, por ejemplo.

Debemos repensar en una “transformación sustancial del currículum, la formación permanente de docentes, y la adecuación social-estructural de la escuela como escenario pedagógico” (Pérez, 2006). La educación, a través del uso correcto y socialmente aceptable de la tecnología, puede ser el parteaguas de una instrucción mayormente democrática, en entornos que ofrecen una complejidad digna, una multidimensión educativa sorprendente, donde el conocimiento y la asimilación de la diversidad pueden ser la mejor estrategia para lograr los objetivos educativos (Leyva y Guerra, 2019). Se tiene que hacer o, por lo menos, intentarlo. Se espera demasiado de los maestros; en estos sitios se ha vivenciado una gran desigualdad, una desigualdad que ya es histórica. “El dato más revelador acerca de cómo en la historia el sistema educativo ha sido inequitativo respecto de la población indígena es el índice de analfabetismo” (Schmelkes, 2013) por decir algo, pero no es solo analfabetismo, son muchas otras características que lo ejemplifican. La educación, nuestra educación y la educación que posibitemos, debe contribuir a la disminución de esa injusticia social, pudiendo partir del aprecio y no del desprecio de las zonas donde nos ha tocado estar. Lo subjetivo de las emociones hace que nos preocupemos por aquello que está más allá de nuestra intervención y nos olvidamos de disfrutar, de vivir y de ayudar, el saber que tenemos una preocupación menos, como la de saberse en ruta, abona precisamente al disfrute de la existencia.

Hablar de la práctica docente, me recuerda a Pablo Latapí Sarre, en una analogía hermosa que hace sobre el ser maestro y el lado oscuro y luminoso de la luna, una comparación idílica. Por un lado, su luminosidad, de la cual muchos hemos sido testigos, o de la oscuridad, que muchos hemos sufrido, pues en esta vida, como él decía, “casi todo es así”, y remataba, “no hay nada tan malo que no tenga algo de bueno y al revés. Lo que importa es ser consciente de todo, luces y sombras, para que nada nos tome desprevenidos y sobre aviso no haya engaño” (Latapí, 2010, citado en Araiza, 2013). Como docentes 4X4 en altas montañas, en planicies o cercanías de los litorales, como viajeros, viviendo en la escuela, durmiendo en un cuarto de renta y soñando con volver a casa, seguiremos emulando a la india María al no ser, por el momento, “ni de aquí, ni de allá”, en lo que ideamos mejores formas que nos hagan y hagan la vida más amable, disfrutando del viaje, dure lo que dure, tarde lo que tarde, que charla y temas son los que van sobrando mientras el sol se va poniendo dando paso a los relámpagos en el horizonte. ¡Qué suerte la de ser maestro!

Referencias

- » Araiza, M. (2013). *Carta a un maestro*. Por Pablo Latapí Sarre. <http://conlupa.com.mx/escritorio-del-editor/carta-a-un-maestro-por-pablo-latapi-sarre/>
- » Frade, L. (2023). *La lógica pedagógica para adultos en la Nueva Escuela mexicana*. <https://educacion.nexos.com.mx/la-logica-pedagogica-para-adultos-en-la-nueva-escuela-mexicana/>
- » Gobierno del Estado de Veracruz (2023). *El Estado de Veracruz*. <http://www.veracruz.gob.mx/desarrolloeconomico/el-estado-de-veracruz/>
- » _____. (2023). *Región turística Olmeca*. <https://veracruz.mx/region.php?id=7>
- » _____. (2023). Índices y grados de marginación. <http://www.veracruz.gob.mx/desarrollosocial/indices-y-grados-de-marginacion/>
- » Herrera Nuño (2022). Índice de desarrollo humano 2022. <https://www.desdelared.com.mx/noticias/2022/02-opinion/02-analisis/%C3%8Dndice%20de%20Desarrollo%20Humano%202022.pdf>

- » Leyva Barajas, Y. E. (2019). *Práctica docente en educación básica y media superior. Análisis de autorreportes de la Evaluación del Desempeño 2015*. <https://www.INEE.edu.mx/wp-content/uploads/2019/08/P1C158.pdf>
- » Pérez Jiménez, C. (2006). ¿Tecnologización o democratización de la educación?: Entre debates, encrucijadas y críticas desde el enfoque CTS. http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-95182006000100009
- » Torrent, L. (2015). *Cómo superar las crisis según Albert Einstein*. <https://muhimu.es/inspiracional/crisis-einstein/>
- » Villa Sanz, C. C. (2019). *Una mirada al experimento de Hawthorne*. https://correo-delsur.com/capitales/20190910_una-mirada-al-experimento-de-hawthorne.html

Derechos de Autor © 2023 por Carlos Cabañas Ronzón

Este sitio de libros está bajo una licencia [Creative Commons de Atribución Internacional 4.0](#)

Usted es libre para compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato y adaptar el documento, re-mezclar, transformar y crear a partir del material para cualquier propósito, incluso comercialmente, siempre que cumpla la condición de atribución: usted debe reconocer el crédito de una obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no deforma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace.